

CAPÍTULO 3

VISIÓN SALESIANA DE LAS MISIONES: *DA MIHI ANIMAS*

En este capítulo, el presente estudio entra en lo que se llamaría exactamente la parte crucial del tema que estamos analizando. ¿Cuál era la visión que JM transmitía a los jóvenes lectores? ¿Cuál era la mentalidad que los grandes misioneros de esa época adquirieron de las páginas de esta publicación, las cuales les hicieron capaces de tan gran heroísmo y en qué términos humanos sacaron lo mejor de sí mismos?

El interés de este estudio reside en la mentalidad reflejada en las páginas de la revista. Pese a que se reconoce el papel indispensable de la formación de los misioneros en el propio lugar de destino, antes de ser enviados al campo real del apostolado, se proporcionaba anticipadamente de alguna manera a los jóvenes misioneros una preparación mediante el material que se les transmitía a través de las páginas de JM.

El aspecto de la obra misionera que ha recibido mayor atención por parte de la revista fue sin duda el de “salvación”. Si la “salvación de las almas” era el motivo que animaba la vida y la actividad de Don Bosco, esta dimensión de su espíritu encontró su más clara expresión en las misiones. Este celo por las almas, sin el cual los salesianos perderían su particular identidad, encontró un horizonte singular y claro en los campos misioneros de América del Sur, Asia y África. Y el mismo motivo que animaba al padre, motivaba también a los hijos hasta el punto de convertirlos en personalidades de calibre superior.

La salvación de las almas

En su primera página, JM habla del trabajo de las misiones como “la más bella de las obras”¹. Bartolomé Fascie, en la presentación de la naciente revista a sus lectores y analizando lo que él llama el programa de la publicación, invita a éstos a unirse a los misioneros y a formar parte de “una obra monumental de caridad”². El centro del apostolado misionero que, según JM, añade a este ministerio su brillo especial y su grandeza, es obviamente el hecho de que el fin de las misiones es sólo y principalmente la salvación de las almas.

El editorial del número de mayo de 1942 puede citarse como la descripción de la mentalidad de la época en relación a cómo se identifican misión y salvación de las almas³. Dice:

“El fin de la misión es la salvación. Miles de personas, perdidas en el error, caminan hacia el abismo de la perdición. Para ellas el camino de salvación y de paz permanece cerrado. Precisamente se les invita a seguir este nuevo camino de vida a través de la acción de los misioneros. [...] La obra de los misioneros consiste exactamente en combatir a Satán, debilitarlo y expulsarlo de los lugares que poseía desde hace tiempo. Los misioneros liberan a muchas personas que nacieron y crecieron en el error y en el vicio. Liberan naciones enteras que se han acostumbrado tanto a sus maneras salvajes, en las cuales prevalecen sus tradiciones, instituciones sociales, prácticas religiosas, leyes y costumbres relacionadas con la vida colectiva e individual. ¿Quién puede evaluar correctamente el daño que ha traído la superstición y la perversión a esas pobres naturalezas hoy desde hace tantos siglos? Es el misionero quien les ha sacado del fango en el que estaban ahogándose y los ha liberado de sus errores que casi anulaban en esas pobres criaturas la imagen del Creador⁴.”

¹ *In confidenza*, en GM 1 (1923) 1, ii.

² FASCIE B., *Il nostro programma*, en GM 1 (1923) 1, 2.

³ Obviamente este editorial surgió casi dos décadas después del inicio de la revista. No es que la idea contenida en este editorial sea algo que se haya desarrollado en el transcurso de dos décadas. Se pensaría que la convicción ya existía desde el principio de la publicación. Vino a ser simplemente expresado con total claridad y más exhaustivamente en este editorial particular.

⁴ *Una grande missione*, en GM 19 (1941) 6, 81-82.

La imagen del mundo no cristiano

JM era hija de su tiempo. Refleja la visión del mundo no cristiano existente en la primera mitad del siglo XX, pero que tenía sus raíces en la mentalidad de los siglos XVIII y XIX. Este principio, después aceptado y apasionadamente defendido por la autoridad docente de la Iglesia, afirmaba que no había salvación fuera de ésta. Se pensaba que el bautismo era la única vía para la pertenencia a la Iglesia, la comunidad de los destinados a la salvación. También estaba ampliamente aceptado que la Iglesia era el agente de civilización y en consecuencia cualquier cosa fuera de la Iglesia se consideraba incivilizada. Territorialmente hablando, se consideraba que sólo Europa era civilizada mientras que el resto del mundo permanecía incivilizado.

JM observa el mundo a través del prisma de la redención realizada por Cristo en su pasión y muerte. Jesús en la cruz dio su vida por la redención del mundo entero. Pero el hombre participa en esta redención aceptando personalmente a Jesús, aceptación manifestada en el Bautismo y, por lo tanto, convirtiéndose en miembro de la Iglesia. En esta visión del mundo, la totalidad de la humanidad se divide en dos grupos distintos: los bautizados, y en consecuencia, salvados, y los no bautizados y, en consecuencia, no salvados⁵.

Otro artículo de la fe católica que conforma la naturaleza de las diferentes visiones de la revista es que aquélla es la única religión verdadera. Y esto lleva a la consecuencia natural de considerar a todas las demás religiones como no verdaderas y, por lo tanto, incapaces de conducir a sus fieles a Dios y a la salvación eterna. JM, en línea con la mentalidad de los tiempos, califica las religiones paganas como idolatría e incluso como culto al diablo. En una carta a la Madre General, G. Berra, una hermana misionera en Assam, habla de la gran piedad religiosa del pueblo de Guwahati. Pero entonces, para los misioneros, todo el culto era desafortunadamente dirigido al demonio. Ella escribía:

⁵ No se discute en JM acerca de la salvación de los no bautizados. JM simplemente presenta a los no bautizados como parte de la humanidad no salvada, porque no se ha beneficiado de la pasión y muerte de Jesucristo.

“¡Contemplad a los musulmanes, arrodillados en sus alfombras de colores, con sus caras en dirección al sol poniente y con sus manos levantadas rezando! ¡Contemplad la procesión diaria por la tarde de hombres y mujeres, jóvenes y niños que descienden los escalones que conducen al agua del río, vestidos con sus mejores atuendos, ellos bajan muy ordenados cantando acongojados cantos fúnebres, se arrodillan cerca del agua, introducen su mano y se rocían con ella según el rito de las abluciones! ¡Qué dolor siente mi corazón al ver a esa muchedumbre rindiendo honores a Satán! ¡Cuándo esas rodillas se doblarán ante el verdadero Dios y le rezarán adorándole con fe y amor?”⁶

El maligno no sólo es el amo del culto pagano, sino según algunos informes antiguos, parece que la impresión que JM tenía del mundo no cristiano era que se trataba de un espacio donde el diablo se había hecho con su territorio y donde sus oficiales perpetuaban su reino. Es sin duda doloroso lo que Giovanni Fergnani, misionero en India, escribe en el número de junio de 1923, informando de algunos casos de posesión del espíritu maléfico y lo que el padre Mederlet, otro misionero en India, estaba haciendo para socorrer a las víctimas del poder del mal. El autor recalca: “¡Los espíritus malignos moran en las naciones paganas como si fueran su propia casa!”⁷ Las

⁶ BERRA G., *Prime impressioni a Gauhati*, en GM 2 (1924) 3, 38. Otro artículo en el mismo número de JM, aunque no habla directamente de la religión pagana de China como culto al diablo, se refiere a ésta en unos términos parecidos. En ese artículo, V. Bernardini narra la historia de un joven que fue aceptado en el Instituto Salesiano de Macao y en el transcurso de su estancia con los salesianos aceptó el bautismo. Este joven se caracterizaba por un gran afecto a su madre. El autor señala que la mayor alegría del muchacho era volver a casa durante los días de vacaciones. Pero tras su bautizo, el joven, por la convicción de que una persona bautizada no podía vivir en la misma casa donde la familia adoraba al diablo, sacrificó incluso lo que para él era tan importante: ver a su querida madre. Cfr. BERNARDINI V., *Il missionario della propria mamma*, en GM 1 (1923) 3, 41-42.

⁷ FERGNANI G., *Gli scherzi del diavolo*, en GM 1 (1923) 5, 74. Otro misionero, G. Cucchiara, habla de la situación en China de una manera muy parecida. En marzo de 1924 escribió: “El diablo es casi el indiscutible señor de China. Se siente su presencia por todos los lados: en las miles de pagodas, en los innumerables ídolos, en los misteriosos ritos supersticiosos, en las costumbres y en las obras y palabras de sus adoradores”. CUCCHIARA G., *La rabbia del demonio*, en GM 2 (1924) 3, 43. Esta presentación del mundo pagano situado bajo el tiránico

opiniones de los misioneros a cerca de los sacerdotes de las religiones locales es que son nada más ni nada menos que agentes del maligno. De hecho, Fergnani representaba a un faquir hindú como “uno de aquellos desafortunados que en la India son dóciles instrumentos del seductor maligno”.⁸

En consecuencia, además de la simplista división del mundo entre salvados y no salvados, había otra división entre los dos reinos: el de Dios y el del poder maligno. El mundo salvado es sinónimo del Reino de Dios y los no salvados significaban el Reino del mal. El uso del concepto de los dos reinos trajo el elemento de un conflicto entre ambos, una guerra que duraría hasta el final de los tiempos y culminaría en la victoria decisiva del Reino de Dios sobre el Reino del diablo. Con esta perspectiva, la imagen de la misión que emerge es la de conquistar almas al poder del maligno y hacerlas sujetos miembros del Reino de Dios. De acuerdo con esto, cada misionero es un conquistador, un capitán justo y pacífico que dirige a su ejército de una conquista a otra⁹. Él rescata almas de la tiranía

dominio del maligno forma lo que sería un telón de fondo de las diversas presentaciones de los pueblos indígenas en JM. Es el dominio del diablo la causa de varias costumbres inhumanas existentes en numerosas naciones. El espíritu de venganza entre los grupos aborígenes de América Latina, la práctica del canibalismo presente en muchas tribus de África, el sistema de castas en India, el absoluto desorden y confusión social en China, la adhesión al culto a los ancestros que cierra el corazón a la fe católica podrían ser vistos todos ellos en esta perspectiva de un mundo controlado por los poderes del maligno. Pese a que esta aseveración no se repite con tanta frecuencia, está claro que este modo de ver el mundo pagano es fundamental para la visión de JM sobre las misiones. En algunos artículos JM no duda en realizar afirmaciones abiertamente sobre este dominio despótico del diablo en el mundo pagano. Por ejemplo, en el editorial de septiembre de 1933, hablando sobre la urgencia de trabajar por el clero indígena en las misiones, el editor se refiere a las tierras de misión como “regiones que todavía quedan bajo el dominio tiránico de Satán”. *Il clero indigeno e le speranze della Chiesa*, en GM 11 (1933) 9, 194.

⁸ FERGNANI G., *Gli scherzi del diavolo*, en GM 1 (1923) 5, 75. Prácticamente igual es la descripción que da de los bonzos JM en otros países asiáticos. En una pequeña narración que en realidad se refiere a la conversión de un bonzo a la fe cristiana, hablan de los bonzos como de “sacerdotes del diablo”. *L'Ave María del bonzo*, en GM 15 (1937) 5, 74.

⁹ Cfr. *Con gli eroi della croce*, en GM 4 (1927) 2, 36.

del mal en esta vida, y de la condena eterna en la otra. Por lo tanto, la única orden para todo el ejército de misioneros es ¡conquistar almas para Cristo! Éste es el lema de todo ideal misionero,”¹⁰ escribe el editor en el número de marzo de 1937 de JM.¹¹

Otra imagen que se utiliza constantemente en referencia al mundo cristiano en relación con el pagano es la de la luz y la oscuridad. El mundo cristiano tiene en Cristo su verdadera luz que ilumina todos los aspectos de la vida (cfr. Jn 8:12). Pero el mundo pagano, al ser privado de esta luz, vive en la oscuridad. No sólo no tienen la luz de la revelación para conocer al Dios verdadero y la única manera de salvación sino que también el reino del mal, que se extiende sobre ellos, les ciega para no ver lo que de otra manera sería fácilmente alcanzado por la razón humana. Las diferentes prácticas inhumanas existentes en las tierras de misión reafirman la convicción de que esas poblaciones viven en una oscuridad casi total.

Los misioneros tienen una profunda convicción de que la población indígena de las misiones está esperando la luz de la fe y la civilización. Cesare Albisetti habla de los salvajes bororos en marzo de 1923 como “esos pobres niños del bosque que esperan de nosotros la luz de la fe y de la civilización”¹². La tiranía del maligno y la consecuente oscuridad que domina la vida de los paganos es algo que se les impone a ellos. No es que las personas sean malas, sino la esclavitud cruel a la que están sujetas. Así que la batalla de los misioneros no es contra la población indígena, como fue con los colonizadores. El compromiso del misionero es a favor de las pobla-

¹⁰ *Il filo conduttore*, en GM 15 (1937) 3, 33.

¹¹ En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial se suaviza el tono del concepto de conquistar almas. De hecho, en un artículo de 1962 se resalta que los misioneros no son como los colonizadores enviados a conquistar tierras extranjeras. En lugar de eso, han venido a llamar a personas de todas las razas para que formen parte de la gran familia de Dios. Ésta es la auténtica vocación de todas las razas, formar un único pueblo en Cristo. Cfr. *Uniti nell'amore di Lui*, en GM 38 (1960) 9, 3. Pero de alguna manera la idea persiste y no desaparece completamente.

¹² ALBISETTI C., *Quant'è buono il Signore*, en GM 1 (1923) 2, 26.

ciones paganas, contra los poderes de la oscuridad, para liberarlas de dicha tiranía cruel. Como seres humanos destinados a la felicidad eterna, los propios paganos anhelan ser liberados, ser iluminados, para encontrar el camino de la salvación eterna. Por lo tanto, la imagen que emerge es la de un mundo necesitado desesperadamente de alguien que les socorra. En relación con los casi dos billones de personas no bautizadas en el mundo, en julio de 1942, JM subraya que “desprovistos de luz, sedientos de verdad y justicia, los no creyentes esperan una mano generosa que les desate las ataduras de la superstición y el error y les lleve a los verdes pastos de la redención y la vida”¹³.

Como la verdadera felicidad de la persona consiste en el conocimiento y servicio del único Dios verdadero, el mundo pagano se muestra carente desde sus fundamentos de la verdadera alegría. La situación de los no bautizados es de tristeza y total abandono. Todo lo que las religiones paganas les pueden ofrecer es miedo, inquietud, conflictos internos y externos. Sin embargo, con frecuencia esta situación se presenta ante ellos sin ser culpables. Ellos nacen en ella, viven en ella y mueren en ella. Un artículo de una HMA de octubre de 1927 refleja este sentido de total abandono de los paganos. Hablando de sus impresiones sobre su vida misionera en Assam, escribe: “Cuántas almas infelices nacen, viven y mueren en un abandono total: material y moral, sin conocer a su Creador, sin ser capaces de amarle porque no tienen a nadie que les guíe a Él”¹⁴.

Más patético es lo que Ravalico escribe en julio de 1952:

“El paganismo es la religión de la desesperación. En el rostro de los paganos –sean hindúes, musulmanes o animistas–, uno busca, en

¹³ *Ho sete*, en GM 19 (1941) 7, 97. Ciertamente ésta es la percepción natural de una persona que es ferviente en su fe y reconoce el valor de la redención en Cristo. En las misiones actuales, el misionero no encuentra esta sed de verdad, esta sed de salvación entre la gente. Frecuentemente se encuentra con una indiferencia general, y a veces su presencia y su actividad no es aceptada. No es que JM no hable de estas realidades a pie de calle. Pero prefiere proyectar la percepción del creyente del mundo pagano.

¹⁴ *Vita missionaria*, en GM 5 (1927) 10, 190-192.

vano, rastros de serenidad y alegría que sin embargo son normales en los de nuestros cristianos. El pagano es triste y melancólico. Todos sus actos e incluso sus canciones están llenos de esa tristeza que es la fuente de ese sentido de retraimiento y fatalismo. Se siente oprimido por un ser que es despiadado y cruel. Teme y está aterrado por una multitud de espíritus malignos que le persiguen constantemente y desconoce cómo ganarse sus voluntades adecuadamente”¹⁵.

La figura del misionero

En esta visión general del mundo pagano, JM describe al misionero como el personaje que se dedica a este mundo pagano. Es su percepción de este mundo y de sus necesidades básicas lo que determina su respuesta, su actividad. Él es quien trae la salvación al mundo que necesita ser salvado. Él es el auténtico conquistador de almas, que las libera de la tiranía del maligno. Él es quien lleva la luz y la alegría al mundo. Su misión es la del mismo Cristo, salvar al mundo.

El salvador de almas

JM presenta la salvación de las almas, regenerando a la población pagana en las aguas del bautismo, como la fuerza motriz que impulsa la acción misionera de la Iglesia. La salvación de las almas es el gran objetivo de toda la vida misionera. Es el ideal que da vida al deseo del misionero de dedicarse a su misión. Es la poderosa motivación que anima todo lo que hacen los misioneros. Les sostiene en sus momentos de dificultad. Salvar almas es lo que determina su vida.

Analizando algunas de las descripciones de JM, se deduce inmediatamente la importancia que la revista da a la dimensión de salvar almas. En noviembre de 1924 JM publica una carta de uno de sus suscriptores en la que el autor llama a los misioneros “los que sacrifican todo por ganar almas para Dios”¹⁶. A. Marescalchi, en su

¹⁵ RAVALICO L., *Seminatori di gioia*, en GM 30 (1952) 7, 4.

¹⁶ *Una proposta*, en GM 2 (1924) 11, 173. Sería simplista afirmar que esta imagen fue creada solamente por JM. Si se tiene en cuenta el ambiente misionero general de la época, la propaganda misionera de los diferentes grupos y congrega-

drama en serie publicado en JM *Quando Dio chiama* define al misionero como “una persona que marcha lejos para convertir a los salvajes”¹⁷. En enero de 1934, JM habla de los misioneros como los que “están dispuestos a dejarlo todo para inmolarse por la salvación de los no creyentes”¹⁸. Presentando el pequeño artículo sobre Domingo Milanese (1843-1922), misionero en Patagonia, Zucchetti escribe en abril de 1944: “El misionero es otro Cristo que va de país en país a predicar el Evangelio. Él es el Buen Pastor que corre en busca de las ovejas para dirigir las al al seno de la Iglesia”¹⁹.

Don Renato Zigiotti, escribiendo a los lectores de JM en el número de julio de 1955, apunta a la conversión de los no creyentes como la única razón por la cual se necesitaban más misioneros, especialmente en las naciones de Oriente²⁰. El misionero, según la proyección de JM desde su inicio hasta su final, es principalmente un buscador de almas, no para ningún beneficio personal, sino para ofrecerles la salvación y, por lo tanto, ampliar el Reino de Dios.

El único gran deseo del misionero, su más seria oración es que todos sean bautizados, que todos sean salvados. La oración a Don Bosco y a María Auxiliadora de los Cristianos, que concluye el informe de Mons. Lorenzo Giordano sobre su viaje preliminar a Río Negro, “Felices todos los que sean regenerados en las aguas del Bautismo, y que sus hijos un día aprendan a amarnos en miles de oratorios festivos”²¹, hace explícito no sólo el ferviente deseo del autor, sino el de todo verdadero misionero.

Este deseo de salvar almas no es simplemente un anhelo, sino una pasión y la fuerza motriz de todo lo que hace. En mayo de 1928, JM publica un informe de sor Carolina Mioletti, una hermana de las

ciones religiosas y el ambiente religioso general en esos años, es más fácil comprender que era la imagen aceptada y popular de los misioneros en la Iglesia y en la sociedad.

¹⁷ MARESCALCHI A., *Quando Dio chiama*, en GM 6 (1928) 1, 17.

¹⁸ *Stelle*, en GM 12 (1934) 1, 2.

¹⁹ ZUCCHETTI D., *Gli itinerari di un missionario*, en GM 22 (1944) 4, 37.

²⁰ Cfr. ZIGGIOTTI R., *Un appello dall'Oriente*, en GM 33 (1955) 7, 23.

²¹ GIORDANO L., *Primo viaggio di esplorazione*, en GM 1 (1923) 2, 23.

HMA que visita sus centros de las misiones de América del Sur. Hablando de las grandes dificultades que las hermanas misioneras aceptan con mucha alegría, la visitante afirma: “su único anhelo es ganar almas y ofrecérselas a Jesús”²². Este ansia de almas de los misioneros no es algo pasajero. ¡Es una pasión, es su única pasión! Es dicha pasión por la salvación de las almas la que hace al misionero capaz de aceptar todos los sacrificios que conlleva su vocación. JM no minimiza las dificultades y sacrificios de la vida misionera. Entre esos sacrificios, uno que todos los misioneros han de aceptar es la necesaria separación de su familia y seres queridos²³. El misionero es llamado a romper con todos los lazos humanos, como señala JM. Es tan grande la pasión por la salvación de las almas, por cooperar en la misión de salvación del propio Jesucristo, que ayuda a los jóvenes misioneros a superar el dolor natural de la separación definitiva²⁴.

²² MIOLETTI C., *Dalle suore a Macas*, en GM 6 (1928) 5, 88.

²³ Todos los misioneros tenían que abandonar sus hogares, sus familias y sus patrias. Pero el sacrificio parecía ser todavía más agotador cuando tenía que realizarse a una edad temprana. Incluso cuando viajar resultaba más fácil gracias a los grandes transatlánticos de vapor, era una práctica común que cuando el misionero abandonaba su hogar y su país, él lo dejaba en serio, con frecuencia sin esperanza de volver. ¡Era una separación del hogar y de la patria definitiva y para siempre! La separación era todavía más dolorosa cuando había padres mayores o enfermos. Pese a todo, el heroico misionero aceptaba esta necesaria separación como parte de su vocación misionera.

²⁴ Cfr. BONARDI P., *Giovinetti, pensate al missionario*, en GM 1 (1923) 12, 195. Con frecuencia esta generosidad se encuentra con la oposición de los padres y de la familia, y casi siempre es incomprendida por las personas mundanas, especialmente por aquellos que tienen sus ojos puestos en los bienes materiales. Por lo tanto, la mayoría de las personas que viajaban con los misioneros en los mismos barcos no entendían por qué estos jóvenes debían renunciar a todo lo valioso del mundo sólo para salvar almas. Cfr. FOGLIA G., *Accoglienze a Shillong*, en GM 2 (1924) 3, 38; CAVOLI A., *Attraverso la zona nera*, en GM 4 (1926) 6, 106-108. V. Barberis, en mayo de 1925 hace notar que a los chinos en general les cuesta entender el motivo de los misioneros en dejar a sus familias y sus países. Muy influenciados por el amor al dinero y su avaricia por conseguir beneficio, no logran comprender por qué los misioneros, tan inteligentes como son, deben dejar unas condiciones mejores en sus países para vivir en la miseria de China. En su ignorancia, hay veces en que rápidamente atribuyen motivos materiales a los sacrificios y actividades de los misioneros. Cfr. BARBERIS V., *A tu per tu con i cinesi*, en GM 3 (1925) 5, 99-102.

El motivo sobrenatural de la salvación de las almas no sólo sostiene el sacrificio principal de romper con todos los lazos humanos sino también toda la vida de los misioneros en tierras lejanas. El traslado desde la patria a la tierra de misión es siempre un cambio de la comodidad a la incomodidad, de la abundancia a la pobreza, del desarrollo al atraso, de lo fácil a complicaciones de toda clase. La salvación de las almas es la única y verdadera causa de esta elección aparentemente poco inteligente. Este aspecto de sacrificio está muy presente en la vida del misionero que se convierte casi en sinónimo de su empeño en salvar almas. En julio de 1929, después de describir la dificultad de visitar las aldeas de la región montañosa de Cherrapunjee, en las misiones de Assam, Giuseppe Farassino escribe: “¡Oh! Si no fuera por la salvación de almas por las que Cristo ha derramado su sangre, ciertamente nadie vendría a pasar su vida en esta bella pero difícil tierra”²⁵. Éste es el sentimiento no sólo de este misionero en Assam sino el de todos los misioneros que dejaban su tierra para trabajar por las almas en tierras lejanas subdesarrolladas.

El misionero católico acepta las inclemencias del tiempo, los incómodos hogares, el ambiente salvaje, las personas ignorantes e incluso ingratas, se mezcla entre ellas, comparte sus modos de vida, todo por ganárselas para Cristo. Y es bastante cierto, los locales reconocen al verdadero embajador de Dios y, a través de él, a la religión verdadera, por los sacrificios que el misionero es capaz de hacer. Pablo Bonardi habla en diciembre de 1923 de cómo el misionero acepta todos los sacrificios requeridos por su apostolado, e informa de que las personas de la misión le comentaban: “¡Estamos convencidos de que tu religión es la verdadera porque amas a los nativos y no lo haces por ser un trabajo!”²⁶. En marzo de 1937 un artículo de Cignatta, misionero en la India, señala que los misioneros católicos aceptan no sólo los pequeños

²⁵ FARASSINO G., *Su e giù pel distretto*, en GM 7 (1929) 7, 135.

²⁶ BONARDI P., *Giovanetti, pensate al missionario*, en GM 1 (1923) 12, 193. Cfr. también PILLA, *L'appello celeste*, en GM 13 (1935) 8, 158; CASIRAGHI L., *Lettera di un pioniere*, en GM 37 (1959) 11, 26-28.

y grandes sacrificios que implica la vida en la tierra de misión, sino también el lento deterioro de su propia salud física y la gradual reducción de su esperanza de vida, consecuencias de su apostolado. Y según Cignatta, es sólo el misionero católico el que llega a tales extremos y tan lejos por las almas. Escribe Cignatta: “Sólo el misionero católico en general y el salesiano en particular acepta perder su propia salud física y eso siempre para ganar almas para Cristo, quien tenía preferencia por predicar el Evangelio a los pobres”²⁷.

Si la motivación de los misioneros de salvar almas es grande en la marcha ordinaria de su ministerio, es aún más imperiosa en el momento de la muerte del no creyente pues éste corre el riesgo de condenarse eternamente. En esos casos nada parece lo suficientemente poderoso para apartarle del lado de la cama de la persona moribunda. Horas de viaje cruzando bosques infestados de animales salvajes, peligrosos cruces de ríos crecidos, temor a los piratas, su propio cansancio físico, la lluvia, el insoportable calor tropical, etc., sólo añaden brillo al celo misionero de asegurar la vida eterna al moribundo. Y es un gozo especialísimo, de alguien que ha ayudado definitivamente a una persona a alcanzar el cielo. Esta alegría compensa todos los sacrificios que conlleva llegar al moribundo²⁸.

Además de ser “su único anhelo” y el motivo imperioso de su vida de constante sacrificio, la salvación de las almas es algo a lo que el misionero consagra su vida y en la que la consagración encuentra su gozo y realización. En abril de 1925, Mons. Luis Mathias informaba del fallecimiento de la primera HMA en Guwahati, sor María Bricarello, y anunciaba que éstas fueron sus últimas palabras: “He consagrado mi alma y mi cuerpo al Señor por la sal-

²⁷ CIGNATTA N., *La mercede dei conquistatori di anime*, en GM 15 (1937) 3, 44-45.

²⁸ Cfr. *Vita missionaria*, en GM 5 (1927) 10, 190-192; CASETTA G., *Azione religiosa*, en GM 9 (1931) 8, 144; *Un battesimo in un tempio buddista*, en GM 20 (1942) 6, 52-53; CAVALLA C., *Salvare un'anima*, en GM 33 (1955) 4, 18; RAVALICO L., *La pista degli elefanti*, en GM 45 (1967) 8-9, 16-19.

vación de las almas. Desde mi viaje a la India en un gran transatlántico, he renovado ante Él muchas veces este sacrificio de mi vida”²⁹.

Según la presentación de JM, dicha dedicación no era cuestión de sólo unos casos particulares aislados. Era la reacción normal de los misioneros. Liberados de todos los vínculos humanos e implantados en una tierra extranjera, los misioneros estaban dispuestos a entregarse completamente a su ministerio de salvar almas. Es muy significativa la oración que Pietro Piacenza, misionero en Japón, se decía que rezó ante la imagen de María Auxiliadora de los Cristianos en la basílica de Turín antes de marchar a las misiones: “Que mi nueva vida sea una continua inmolación de mi persona a Jesús por la salvación de almas”³⁰. En agosto de 1942, presentando la figura de Angelo Rouby, sacerdote salesiano de Ecuador, y los difíciles viajes que tuvo que llevar a cabo a través de bosques, ríos, superando todo tipo de dificultades, JM informaba de lo que el misionero mismo apuntaba como motivo de tales viajes sin fin: “¡El deseo de ser de provecho a esas almas me hacen devorar el camino!”³¹

Podría parecer que el misionero se dedica por completo a la causa de salvar almas y que ese aspecto impregna por completo su visión de la vida. Como, según dicen, del mismo modo que el zapa-

²⁹ MATHIAS L., *La prima vittima della carità cristiana*, en GM 3 (1925) 4, 82. Lo que Mons. Mathias resalta sobre la vida de sor María Bricarello es que, trabajando como enfermera en el hospital público de Guwahati, ella tuvo la alegría de bautizar a 40 moribundos y por lo tanto asegurarles la salvación eterna. Y una vez más, fue su anhelo servir a los enfermos y a los moribundos, que le provocaron varicela, de la cual murió a la edad de 35 años. Mons. Mathias hace notar que el misionero es muy consciente de que se le requerirá incluso sacrificar la vida por el Evangelio.

³⁰ *Il santo della strada*, en GM 13 (1935) 9, 162.

³¹ *Un apostolo dei kivari*, en GM 20 (1942) 8, 68. Angelo Rouby en este caso hablaba de una visita particular a una persona moribunda, de la dificultad del largo viaje, que le motivó aceptar todo con alegría. Todo lo que una persona normal podría calcular sólo en términos de fatiga, dificultades y sacrificio, los misioneros lo calculan en términos de amor por Cristo y por las almas redimidas por su pasión salvadora.

tero pone sus ojos en los zapatos, el misionero los pone en las almas. En junio de 1926, presentando la narración de Antonio Cavoli sobre el largo viaje desde Italia a Japón, JM observa que lo que impresionaba a los jóvenes misioneros era la población pagana de los diferentes puertos de llegada, que tenían que ser evangelizados todavía. Y la cuestión que de alguna manera atormentaba al grupo de esos jóvenes misioneros era: “¿Cuándo se les predicará el Evangelio y quién lo hará?”³²

Esta dedicación a la misión es algo más que una simple experiencia de su vida y su actividad. Está en primer plano, y él la vive conscientemente todos los días. Y en sus conversaciones, tanto públicas como privadas con las personas de la misión, él no se arrepiente de sus motivos y convicciones. En marzo de 1926, Stefano Ferrando, hablando de una celebración eucarística en una de las aldeas cercana a Shillong, informa de los contenidos de la predicación de Costantino Vendrame en esa ocasión. Consciente de la presencia de muchos no cristianos que asistían a la función o que estaban escuchando el sermón desde sus casas, Vendrame se había referido al grupo de jóvenes misioneros, presentes en la fiesta, que habían llegado de Europa y dijo:

¿Por qué estos misioneros han venido aquí? ¿Por su sed de oro? ¡No! Han venido por vosotros. ¡Sí, por vosotros! Dios nos ha enviado para proporcionaros la salvación. Porque hay dos caminos: uno que lleva al infierno y el otro al paraíso. El cielo está reservado a los católicos y el infierno para los otros que rechazan la gracia de Dios³³.

³² Cfr. CAVOLI A., *Attraverso la zona nera*, en GM 4 (1926) 6, 106-108. Obviamente esta preocupación por la salvación de las almas impregna la manera en que los misioneros contemplan toda la realidad no cristiana. Por lo que los misioneros entregan su vida no es sólo civilización, progreso, coexistencia pacífica de diferentes grupos étnicos. El misionero no se contenta con ser una persona buena. La auténtica buena persona para él es aquella bautizada. Por lo tanto, es bautizar y hacer discípulos de Cristo a lo que también dedica el misionero su vida entera en la Iglesia católica.

³³ FERRANDO S., *Nel villaggio di Macolai*, en GM 4 (1926) 3, 46.

El misionero: el apóstol de Cristo, enviado para establecer el Reino de Dios

Sería difícil distinguir entre salvar almas y establecer el Reino de Dios en las tierras de misión. Lo segundo apunta más al verdadero Señor que envía a los misioneros, quienes, siguiendo sus órdenes, se entregaron a su labor. El amor de los misioneros por las almas no es algo basado en simple filantropía humana, sino que tiene sus raíces en el profundo reconocimiento, guiado por la fe cristiana, del valor de la redención que trajo Jesucristo.

El misionero parte a las tierras extranjeras obedeciendo el mandamiento explícito de Cristo: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre de Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28:19). Su amor por las almas es un reflejo de su lealtad a Cristo³⁴.

JM presenta la relación del misionero con Cristo y su anhelo para darle a conocer como la fuerza que sostiene la salvación de las almas. Las memorables palabras con las que se dice que Mons. Cagliero se dirigió a un grupo de benefactores reunidos para ver a los misioneros partir desde el Puerto de Marsella: “Partimos con la intención de dar a conocer a Jesucristo y que reine en los confines del mundo”³⁵, representan muy bien los sentimientos de todos los misioneros que partieron a las lejanas tierras de misión.

Según Juan Siara, uno de los misioneros salesianos pioneros en Australia, el misionero es aquel que hace suyos los intereses de Cristo y de su reino. Y los intereses de Cristo que el misionero hace profundamente suyos, lo motivan hasta el punto de arriesgar su vida en muchas situaciones ordinarias y extraordinarias en las tierras de misión. La consciencia de ser un ministro de Dios, un apóstol de Cristo, enviado por la Iglesia para la conquista de almas para el

³⁴ El fundamento de la obra misionera en el mandamiento del Señor es lo que se refleja durante toda la vida de JM. Incluso los diseños de las portadas, especialmente de algunas de las primeras décadas, llevan en general las palabras del mandamiento, insistiendo en esta orden de marcha divina al misionero.

³⁵ GARNERI D., *Ricordi della Patagonia e Terra del Fuoco*, en GM 1 (1923) 9, 115.

Reino, provoca en el misionero un entusiasmo que a las personas ajenas les parece rayano en la excentricidad, especialmente su actitud temeraria frente a los diferentes peligros en tierras extrañas y extranjeras³⁶.

Según un artículo de Ravalico, este entusiasmo por los intereses de Cristo y el ansia de conquistar naciones enteras para Él es incluso más intenso que el que siente alguien que está de expedición en tierras extrañas sólo para hacer fortuna. En un artículo publicado en julio de 1930, describiendo su viaje a la India, Ravalico observa que, junto con los misioneros, viajaban muchos otros en el mismo barco a la India, pero como el autor señala, movidos por el amor al oro. Ellos también habían dejado a sus familias y a todos sus seres queridos, arriesgando sus vidas, y también estaban muy entusiasmados por llegar a la India. Pero el entusiasmo de los misioneros superaba al de estos aventureros. Los misioneros, impulsados por un mandamiento divino, iban a la India con un corazón que anhelaba intensamente conquistarla toda para Cristo. Ravalico recuerda el entusiasmo que inflamó su corazón y los de sus compañeros con estas palabras:

Estábamos completamente decididos, listos para cualquier sacrificio. No era por ninguna otra razón por lo que fuimos reclutados entre los soldados de Cristo. [...] Apóstol es sinónimo de mártir. Quien se consagra por entero al Señor rompe con resolución todos los vínculos terrenales y se ofrece a Dios como víctima por la conversión del mundo no creyente³⁷.

Era el anhelo de los mártires que animaron a los jóvenes misioneros a dejar las costas de Europa por las diferentes tierras de misión, con la manifiesta intención de conquistar almas para Cristo.

³⁶ Cfr. SIARA G., *Verso la missione di Lombadina*, en GM 3 (1925) 1, 5. Es realmente impresionante la manera en que el misionero concluye su informe, reflejando el elemento de peligro y riesgo, que está presente en la vida de misión. Y escribe: "Por lo que respecta al resto, el peligro es un elemento de la vida del misionero. No detiene los esfuerzos incansables del ministerio de Dios, les confiere una aureola de heroísmo que acepta todo por los intereses de Cristo".

³⁷ RAVALICO L., *Giovani apostoli*, en GM 8 (1930) 7, 143.

Bajo la influencia de la abundante literatura que proyectaba una imagen romántica de las misiones y de los misioneros, los jóvenes lectores podían adquirir una noción de la realidad misionera en términos de aventuras en los bosques, encuentros con los piratas y cosas así. El deseo de lanzarse a una tierra que ofrecía tanto en lo que se refiere a aventuras también podía tener su origen en el simple amor por lo desconocido y la novedad. En vista de tal posible peligro, JM, en febrero de 1931, apunta a la dedicación del Reino de Dios como el factor clave en la vida de un misionero cuando afirma:

Para algunos las misiones pueden significar caníbales, bandidos, bosques espesos, lugares inaccesibles, innumerables dificultades o algo por el estilo que cautiva inmediatamente la fantasía de los jóvenes. Pero el misionero no es un aventurero, sino un alma dedicada a Jesús, consagrada a la llegada del Reino de Cristo³⁸.

Umberto Dalmaso, misionero en China, en un breve artículo publicado en agosto de 1931, da también testimonio de la profunda consciencia de los misioneros de su divina misión. Los misioneros proclaman que el apostolado de la misión no es una obra que han llevado a cabo por motivos de naturaleza humana. Ellos son apóstoles, y al igual que los primeros apóstoles, también tienen el deber de predicar y bautizar. El entusiasmo que muestran en su misión es simplemente la manifestación exterior de su adhesión interna al propio Jesucristo³⁹.

Un artículo titulado *Il missionario nelle definizioni degli amici del Colle Don Bosco*, publicado en el número de septiembre de 1945 de JM, expresa de alguna manera la comprensión de los jóvenes sobre las misiones y los misioneros. Muchas de las definiciones manifiestan una comprensión de las misiones en su íntima relación con la proclamación del Evangelio, la salvación de las almas y la implantación de la Iglesia. La imagen subyacente del misionero es la de una persona consumida por un gran amor a Dios. Una de las definiciones que expresan más vivamente este aspecto es la que describe al misionero como "quien cruza los vastos océanos, viaja por

³⁸ ZIO GIGI, *La vera gioventù missionaria*, en GM 9 (1931) 2, 21.

³⁹ Cfr. DALMASSO U., *Le vacanze del missionario*, en GM 9 (1931) 8, 142.

los bosques impenetrables e inhóspitas regiones, consumiendo su vida hasta el extremo del martirio para anunciar el Evangelio a todos los pueblos”⁴⁰.

Un breve artículo de junio de 1935 nos proporciona una visión de la profunda espiritualidad del misionero. El artículo afirma que el misionero no es una simple persona que está bajo el mandato de Cristo para predicar el Evangelio y que está a su merced. El misionero se da cuenta de que su misión es ser un simple instrumento en las manos de Cristo, el verdadero señor de la cosecha. Es consciente de que la misión es del Señor, y que él es sólo un instrumento, que la fuerza viene de Quien envía y requiere que el misionero mantenga una relación cercana con Cristo en todas sus actividades. En palabras de JM el misionero es profundamente consciente de que sin esa relación próxima con el Señor “se experimentaría la esterilidad del apostolado y en consecuencia la imposibilidad de continuar en un tipo de vida tan llena de insuperables dificultades, de inmensos sacrificios y vacía de consuelos espirituales, que reconfortan a todos los que trabajan por la salvación de las almas”⁴¹. En su lugar, el misionero que vive en unión con el Señor de la cosecha, no se deja fascinar por su propia popularidad y sus éxitos, ni se siente desanimado por el rechazo y los fracasos con los que se encuentra.

Uno de los rasgos que distingue al misionero desde la consideración de la grandeza de la misión a él encomendada es la generosidad de su corazón. Se diría que JM entiende esto como una condición innegociable para cualquiera que intente lanzarse a las misiones. En el editorial de noviembre de 1940, GM afirma,

El misionero es un alma generosa. [...] Quienquiera que sea llamado al apostolado debe, antes que nada, estar animado por un gran sentido de generosidad que le haga capaz de olvidarse de sí mismo y le

⁴⁰ *Il missionario nelle definizioni degli amici del Colle Don Bosco*, en GM 23 (1945) 9, 95. Evidentemente el aspecto de romanticismo no está ausente de esta definición. Pero el autor ha captado bien la profunda motivación del misionero, su trabajo principal y el sacrificio último que la misión requiere.

⁴¹ *La forza dei missionari*, en GM 13 (1935) 6, 102.

disponga al sacrificio de lo que es más precioso en el mundo. La separación necesaria por esta vocación es dolorosa y definitiva [...] Aceptar una vocación misionera, constituye tal vez la mayor victoria que un joven puede reivindicar⁴².

Sólo un corazón noble y generoso puede conseguir esta gran victoria. Los sacrificios iniciales que conllevan la separación de la familia y de la patria y que con frecuencia son definitivos, alcanzan ciertas realidades profundas humanas en el joven. JM define, sin términos vagos, esos sacrificios iniciales cuando afirma:

Para seguir esta invitación divina, necesita romper los más íntimos y significativos vínculos humanos. ¡Él necesita apagar la voz de su corazón, permanecer imperturbable a las voces de sangre, renunciar a la visión de las cosas que son más queridas para él, sacrificar sus cariños, apartar su juventud de esas flores naturales de su edad de modo que las flores de la gracia crezcan y maduren en frutos de santidad!⁴³

Y continúa el editor: en las tierras de misión, el misionero tiene que tener un temperamento excepcional, el cual se guía por ese espíritu de generosidad, capaz de los mayores sacrificios. Le espera una tierra inhóspita, poblaciones bárbaras, clima poco saludable, un idioma ininteligible. Con frecuencia se sentirá abandonado, sin la cercanía de seres queridos cercanos a él, rodeado de peligros. El mundo de las supersticiones entablará una guerra interminable contra él. Sólo un compromiso generoso con la misión sostendrá al misionero en esos difíciles momentos.

JM presenta el martirio no sólo como un último acto de generosidad al que el misionero está dispuesto, sino también como un fin

⁴² *L'araldo di Cristo Re*, en GM 18 (1940) 11, 161.

⁴³ *L'araldo di Cristo Re*, en GM 18 (1940) 11, 161. En un editorial anterior, el de noviembre de 1936, el ideal misionero se presentaba como la verdadera escuela de santidad, algo que realiza una auténtica transformación en la persona que la acepta completamente de corazón. El editor escribió: “El ideal misionero es la escuela de santidad porque nutre y perfecciona la vida espiritual, ofreciendo una ocasión para el ejercicio de las más nobles virtudes y proponiendo heroicos ejemplos. [...] Cuando se conquista el alma por esa fascinación, por ese ideal, lo despierta y lo eleva y se transforma”. *Elevazione*, en GM 14 (1936) 11, 165.

que él ansía. El martirio es la cima de todos los sacrificios que el misionero está llamado a aceptar. Es su último acto y el más intenso de proclamar el Evangelio y, con frecuencia, según JM, el único que produce frutos abundantes.

Las misiones son tierra fértil que produce esos grandes héroes de la fe. La perspectiva del martirio es la que acompaña toda la vida de un misionero. JM presenta esta dimensión de la vida del misionero a través de varios ejemplos de misioneros que culminaron su ministerio con la palma del martirio.

Las diferentes presentaciones de los mártires de las misiones no se centran en los sufrimientos que han padecido, sino en el gozo, la paz, el sentimiento de gloria que estos mártires expresaron en sus últimos momentos. Por lo tanto, al presentar a los mártires japoneses de 1613, en el número de Navidad de 1923, lo que JM resalta es el gran heroísmo de esos mártires, y de una manera especial el que fueron coronados por la gracia del martirio. JM apunta que incluso otros cristianos que estuvieron presentes en la ejecución de esos mártires entonaron un himno de acción de gracias. Para transmitir a los lectores la idea de que esos mártires son los verdaderos vencedores, JM recalcó que ¡incluso los verdugos pidieron perdón a los mártires mientras los conducían a su glorioso final!⁴⁴

En octubre de 1925 JM explicaba el relato del martirio de Mbagwa Tuzinde y sus 21 compañeros, pajes en la corte del Rey de Uganda en el año 1886. La narración pretende resaltar el coraje de estos jóvenes, la mayoría de ellos de la misma edad que los lectores de JM. No tenían miedo de los sufrimientos que les aguardaban. Ni siquiera se inmutaron ante las súplicas de sus propios padres. Era su vínculo con Cristo lo que desbancaba a todo y no sacrificarían eso por nada en la tierra. El misionero actúa por la misma poderosa motivación. Él hace todos los sacrificios necesarios por su vocación misionera, por su gran amor a Cristo. Y cuando se le llama a realizar el último sacrificio de su vida, lo acepta con alegría y ve en ello la culminación de todos sus deseos⁴⁵.

⁴⁴ Cfr. *Martiri del Giappone*, en GM 1 (1923) 11, 185-186.

⁴⁵ Cfr. *Il beato Mbagwa Tuzinde*, en GM 3 (1925) 10, 222-223.

Tras el martirio de Mons. Luis Versiglia y Don Calixto Caravario, JM relata los hechos en varios números. En algunos episodios del martirio de los dos misioneros en China, JM presenta el suceso como consecuencia de la dedicación de los misioneros a la población encomendada a ellos. Como un buen pastor, ellos no sólo se quedan con su rebaño en tiempos de dificultades, sino que cuando es necesario realizan el supremo sacrificio de sus propias vidas por el bien de su rebaño⁴⁶.

Según algunos de los artículos de JM, no son sólo los misioneros que acaban dando su vida por la causa del Evangelio quienes merecen el nombre de mártires, sino todo misionero que es fiel a su misión. El editorial de abril de 1937, citando las palabras de Pío XI, el entonces pontífice, “el ideal misionero es la escuela más elevada y perenne de sacrificio”, afirma que la vida del misionero es un martirio continuo. ¡Los sacrificios de los misioneros no tienen fin! Los sacrificios actuales sólo preparan al misionero de alguna manera para lo que se requiere de él más adelante, hasta que le llegue el último sacrificio de su vida. El sacrificio es simplemente la otra cara de la moneda de su gran amor por Cristo y por las almas. Según este editorial, amor y sacrificio sólo son nombres de una realidad única. “El amor auténtico y eficaz tiene otro nombre que expresa a la vez su mérito y heroísmo: ¡sacrificio!”⁴⁷ Los continuos sacrificios del misionero en el día a día de su vivencia vocacional hacen de su vida un martirio diario.

⁴⁶ Cfr. GARNERI D., *Vittime dell'apostolato*, en GM 8 (1930) 4, 82-84; *Ricordando i nostri cari martiri della Cina*, en GM 8 (1930) 5, 101-103; DE AMICIS, *Il motto di due apostoli*, en GM 20 (1942) 2, 18-20; *Monsignor Versiglia - Don Caravario*, en GM 37 (1959) 2, 17-23. La misma imagen del misionero, el buen pastor que da su vida por sus ovejas, se repite en bastantes de los siguientes números de JM. Así, al presentar a los tres mártires beatificados en 1934, Rocco Gonzales, Giovanni Del Castillo y Alfonso Rodríguez, misioneros en las “Reducciones” de América Latina, JM no se equivoca al reafirmar que todos estos misioneros dejaron a un lado su vida por la de los nativos a los que estaban encomendados. Tal era su amor por ellos. Cfr. *Tre palme e tre aureole*, en GM 12 (1934) 3, 43-44.

⁴⁷ *Tremendo dilemma*, en GM 15 (1937) 4, 50.

Una serie de narraciones de nueve meses en 1943, en la que JM explica el martirio de Giovanni Fuchs y Pietro Sacilotti, asesinados por los chavantes el 1 de noviembre de 1934, apunta también a la importancia que JM atribuía a la dimensión del martirio en la vida del misionero. Estos misioneros fueron asesinados mientras intentaban establecer un primer contacto con los chavantes. No tuvieron ni la alegría de iniciar de verdad el proceso de evangelizar a la tribu. Las circunstancias de su muerte apuntan más a un malentendido por parte de los miembros de la tribu que a una intención expresa de deshacerse de esos misioneros del Evangelio. Lo que JM intenta explicar a través de estas narraciones es que lo que hace a un misionero mártir no son sólo las circunstancias de su muerte, sino mucho más, la orientación radical de una vida entregada totalmente a la causa del Evangelio. Y con esta visión de las cosas, no sólo estos dos misioneros pueden considerarse mártires, sino todo misionero que vive su vida por el Evangelio puede llamarse así⁴⁸.

Como se ha comentado anteriormente, en los diferentes informes sobre China en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, es el aspecto de la Iglesia que sufre en el país en lo que se centra JM. La revista habla del heroísmo de los misioneros que están dispuestos a quedarse entre las poblaciones, a pesar de las amenazas y el tratamiento cruel que se les dispensaba. Su auténtica alegría es quedarse con sus cristianos y entregarles su vida, hasta su último aliento. Por los informes parece que la expulsión de China fue más dolorosa que todos los demás sufrimientos que los gobiernos comunistas infligían a los heroicos misioneros⁴⁹.

En junio de 1961, en un informe sobre los tres misioneros martirizados en el mismo año, JM resume en dos frases su noción de

⁴⁸ Cfr. DUROURE, G., *Sul fiume della morte*, en GM 21 (1943) 2, 10-11; 21 (1943) 3, 18-19; 21 (1943) 4, 26-27; 21 (1943) 5, 34-35; 21 (1943) 6, 42-43; 21 (1943) 7, 50-51; 21 (1943) 8, 58-59; 21 (1943) 9, 68-69; 21 (1943) 10, 74-75; 21 (1932) 11, 84-85.

⁴⁹ Cfr. ARDUINO, M., *La Chiesa in Cina continua a soffrire*, en GM 35 (1957) 1, 3. Incluso los artículos posteriores hablan sobre la persecución que estalló en China en el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial.

martirio en la vida de un misionero. Dice: “La perspectiva del martirio se incluye siempre, por lo tanto, en el concepto de vocación misionera. ¡Todos los misioneros lo consideran la más sublime de todas sus aspiraciones, como el mayor éxito de su vocación!”⁵⁰

Lo que JM intentaba por medio de los diversos relatos de los mártires en las tierras de misión no era únicamente ofrecer a sus lectores algo de información histórica. Estas narraciones tenían además el objetivo de profundizar en la generosidad de los lectores y de invitarles al colmo del heroísmo inspirado de algún modo en el heroísmo de los misioneros martirizados. De hecho ésta es la idea que el propio editor expresa en el mismo informe de junio de 1961. Escribe así:

No estamos de acuerdo con aquellos que no quieren dar a conocer los episodios de extremo sacrificio de los apóstoles de la fe a los jóvenes que están en proceso de maduración de su vocación misionera. Al contrario, somos de la opinión de que las hazañas de estos héroes sirven para animarlos más hacia el ideal misionero. La sangre de los mártires no es sólo la semilla de nuevos cristianos, sino de nuevos y más generosos apóstoles⁵¹.

Los misioneros: fundadores de la Iglesia

Otra imagen de los misioneros relacionada muy íntimamente con ser un apóstol de Cristo, enviado a salvar almas, es la del fundador de la Iglesia en tierras extranjeras. No hay un distanciamiento de las otras dos imágenes. Pero en esta imagen, el fundador de la Iglesia puede verse desde un enfoque holístico de la idea de misión: no sólo predicar el Evangelio, ni sólo salvar almas individualmente, sino fundar comunidades estables de creyentes capaces a su vez de convertirse en misioneros en otras regiones y de otras poblaciones⁵².

⁵⁰ *Tempo di martiri*, en GM 39 (1961) 6, 2.

⁵¹ *Tempo di martiri*, en GM 39 (1961) 6, 3.

⁵² La visión de esta nueva imagen está muy en línea con las enseñanzas oficiales de la Iglesia, que en estos años enfatizó en gran medida su aspecto local y la necesidad de ayudar a la promoción del clero indígena para crear una iglesia autosuficiente en todos los aspectos posibles.

En mayo de 1945, explicando el objetivo de las misiones, el editor resalta que el único es fundar la Iglesia en regiones donde ésta no existe. Pero una vez más la fundación de la Iglesia tiene su valor especial porque ésta es el único medio de salvación. De modo que no es algo adicional a la dimensión de salvar almas, sino que la idea de misión se amplía para incluir todos los laboriosos esfuerzos en establecer una comunidad local sólida y estable de creyentes, capaces de una acción misionera en favor de aquellos que les rodean⁵³.

En el editorial de junio de 1945, en un intento de clarificar la noción de misión y de los misioneros, el editor observa que el verdadero objetivo de las misiones es la “fundación estable de la Iglesia”. Y el misionero es “quien planta la Iglesia”. Él es el fundador de la Iglesia en todas las partes del mundo⁵⁴. Según este editorial, esta definición de los misioneros resume todo lo que es el misionero y sus actos. Y es este aspecto de ser un fundador lo que le distingue de otros sacerdotes y religiosos. En cuanto fundadores de la Iglesia son como los Apóstoles⁵⁵.

En septiembre de 1959, a la sencilla pregunta de “¿quién es misionero?”, JM simplemente repite lo que escribió en el editorial de junio de 1945:

“El misionero es el apóstol que trabaja en las misiones con el fin de plantar sólidamente la Iglesia católica. El misionero, por lo tanto, es quien implanta la Iglesia donde no existe aún. Él es el fundador de la Iglesia por todo el mundo. Nos lo dice todo en estas sencillas y sucintas palabras. Buscaríamos en vano términos que fueran más verdaderos y más elogiosos. Es precisamente en este aspecto en el que se distinguen los misioneros de otros sacerdotes y son más similares a los apóstoles e incluso a Jesucristo, el divino fundador de la Iglesia. ¡Todo lo demás que pueda decirse de los misioneros pasa a un segundo plano o se queda sólo en poesía!⁵⁶

⁵³ Cfr. *Scopo delle missioni*, en GM 23 (1945) 5, 51.

⁵⁴ *I missionari*, en GM 23 (1945) 6, 63.

⁵⁵ La importancia de fundar la Iglesia vuelve a ser vista en la realidad como el único medio de salvación del mundo. Por lo tanto, la nueva visión no se aleja de la antigua.

⁵⁶ *Chi è il missionario?*, en GM 37 (1959) 9, 5.

El misionero: el buen pastor

Otra imagen más de los misioneros, presentada por JM, íntimamente relacionada con su misión de salvar almas, ser un apóstol de Cristo y fundar la Iglesia, es la del buen pastor. Esta imagen se utiliza para proyectar el *modus operandi* del misionero. No es, en absoluto, un conquistador, y mucho menos un mercenario. Él es un amigo, un padre para aquellos a quienes sirve, no sólo porque vive con ellos, sino porque se sacrifica por su rebaño. Al revés que los mercenarios, no deja a su gente en los momentos de necesidad.

Como el buen pastor, su deseo principal es el bien del rebaño encomendado a él, y por esto cree que su lugar está con la gente a la que sirve y no desea separarse de ella. A veces este deseo de pasar hasta el último suspiro con su gente les empuja incluso a un heroísmo que podría parecer absurdo a las personas normales. En marzo de 1923 Maria De Angeli presenta este aspecto en el personaje de sor Modesta Ravazza, misionera en la colonia de leprosos de Contratación, en Colombia. Ella se dedicaba de corazón por completo a la misión y no deseaba que la separaran de esta difícil y heroica labor, ni siquiera la santa obediencia. Aunque sabía que podía contagiarse de la lepra, nunca se apartó de sus leprosos, pidió la gracia de contraer la lepra y su plegaria fue atendida⁵⁷.

Ese amor del buen pastor que el misionero siente por su gente, combinado con la audacia apostólica, le empuja a hacer cosas que ponen su vida en peligro, cosas que ni siquiera por los familiares más cercanos se le ocurriría hacer. Umberto Dalmasso informaba en mayo de 1926 sobre los esfuerzos de los misioneros por rescatar a las personas secuestradas por los piratas, afirmando que sólo el misionero, el buen pastor, arriesga su propia vida al acercarse a las cuevas donde viven los piratas. A menudo incluso el camino que lleva

⁵⁷ Cfr. DE ANGELI M., *Sorriso di carità*, en GM 1 (1923) 2, 19. Su relato y su heroico sacrificio se vuelven a explicar en diciembre de 1931. Junto con su mención se habla de otras HMA que contrayeron la lepra: Teresa Rota y Domenica Barbero. Fue la consecuencia de su apostolado entre los leprosos, aunque ellas lo aceptaron completamente de corazón. JM las presenta como auténticas heroínas de la caridad. Cfr. *Comunità delle eroine*, en GM 9 (1931) 12, 226-227. La misma historia se repite en mayo de 1939. Cfr. *Una eroina della carità*, en GM 16 (1939) 5, 83-84.

a tales lugares de bandidos está lleno de peligros. El misionero comenta a propósito que ningún conocido de las personas capturadas llevaría a cabo jamás un viaje como éste. Así, hace lo que parece imposible, porque él es el buen pastor que está dispuesto a sacrificarlo todo por sus ovejas⁵⁸.

Pietro Battezzati, misionero en China, en un artículo publicado en JM en julio de 1928, habla de los valientes servicios prestados por los misioneros durante la invasión comunista de China de Twang Tung, centrándose una vez más en esa característica de los misioneros. Según Battezzati, este desinteresado y temerario cuidado del rebaño no sólo impresionó a la población local, sino que sirvió para abrir por lo menos un poco más sus corazones a la fe católica. Battezzati describe la impresión de la población china con estas palabras:

En la hora dolorosa de la desesperanza y del terror, ellos [los chinos] ven a la Iglesia católica a su lado, compartiendo su incertidumbre agónica y ayudándoles incluso con el último grano de arroz. ¡Él está aquí para darles coraje, iluminarlos y dar calor a sus corazones con un rayo de esperanza y luz divina. En el misionero ellos encuentran no esos mercenarios que a la mínima señal de cualquier disturbio emprendían su camino a América, en su lugar ellos encuentran hombres de Dios, padres, benefactores que ponen a su disposición no sólo todas sus posesiones sino sobre todo su corazón, su amor, su inteligencia, su experiencia y su vida entera!⁵⁹

Según un informe de Cesare Albisetti de septiembre de 1936, es el enfoque del buen pastor el que va en busca de la oveja perdida, de la enferma, la abandonada y la anciana, lo que distingue al misionero como el verdadero ministro de Dios. Hablando de las visitas de los misioneros a las cabañas de los bororos, sobre cómo pasa el tiempo con los enfermos para reconfortarles y animarles, Albisetti apunta a la gran eficacia misionera. La población reconoce al verdadero misionero del falso por la manera en que trata a su pueblo. El autor informa de que el simple hecho de que él siguiera visitando a un bororo enfermo, fue el motivo por el que éste aceptara el bautismo. Y en ese bau-

⁵⁸ Cfr. DALMASSO U., *Liberazione di prigionieri dei pirati*, en GM 4 (1926) 5, 89-92.

⁵⁹ BATTEZZATI R., *Albori di pace*, en GM 6 (1928) 7, 124.

tismo, dice que el bororo afirmó: “¡Todos me han abandonado! Sólo tú, el verdadero ministro del buen Dios, has venido siempre a visitarme. Los protestantes me enviaron un criado para ofrecerme ayuda, pero no estuvieron dispuestos a entrar en mi pequeña cabaña”⁶⁰.

Según algunos de los informes de JM, el valiente y desinteresado servicio que los misioneros prestaban a las poblaciones de las misiones durante la época de guerra no era sino una verdadera expresión del hecho que eran los auténticos pastores de la población. Por eso, en febrero de 1939, al describir la complicada situación en la que China se encontraba durante la invasión japonesa, el editor subraya que los misioneros católicos en la región continuaban socorriendo a la población que sufría de todas las maneras posibles. Ellos no abandonaban a la población en esos momentos duros, en lugar de eso multiplicaban sus obras con desinteresada caridad. El informe relata:

“En verdad los misioneros son los más desinteresados benefactores de los pobres y de la multitud que sufre. En medio de las dificultades, siguen multiplicando sus obras de paz y caridad. La misma furia de la guerra, en lugar de disminuir su celo, les hace más trabajadores y atentos al beneficio de tantos en situación de miseria”⁶¹.

Es en los momentos de dolor de la población cuando el misionero se muestra como verdadero benefactor, un auténtico defensor de su propio pueblo y un buen pastor. En marzo de 1946, haciendo un resumen muy somero de los grandes sacrificios que los misioneros han realizado en tiempos de guerra, escribe el editor:

“Si a través de los siglos, los misioneros han aparecido siempre como los verdaderos pioneros de la civilización, benefactores de las poblaciones, defensores de los débiles, buenos pastores que dan sus vidas por sus ovejas, han hecho aún más en estos años difíciles en los que se han visto involucrados en este terrible azote de la guerra”⁶².

No abandonan a su gente en esos tiempos difíciles, sino que comparten con ellos su triste situación y hacen todo lo posible por ayudarles en el proceso de reconstrucción.

⁶⁰ ALBISETTI C., *La vittoria della Sovrana Celeste*, en GM 14 (1936) 9, 145.

⁶¹ *Intenzione missionaria per febbraio*, en GM 17 (1939) 2, 22.

⁶² *S'illustri la vita... dei missionari*, en GM 24 (1946) 3, 3.

El último testimonio de que el misionero es en verdad el buen pastor es una vez más el propio martirio. El misionero es consciente de que ser un buen pastor, defender el rebaño encomendado a él, puede incluso requerir el último sacrificio de su propia vida. Si su ministerio requiere este heroico testimonio de su amor, lo acepta con gozo y lo considera como la cumbre de toda su actividad misionera. Como se ha comentado anteriormente, las repetidas narraciones del martirio de Mons. Versiglia y Calixto Caravario presentan en estos dos misioneros la imagen del buen pastor que da la vida por sus ovejas⁶³.

Las auténticas alegrías y penas de los misioneros

Es en esta visión general de las misiones y los misioneros en relación con la salvación, ser apóstoles de Cristo, fundadores de la Iglesia, donde JM descubre que se dan las alegrías íntimas y a la par el verdadero dolor de los misioneros.

Según JM, el misionero no anhela llevarse algo de las tierras de misión, ni busca recompensas materiales por sus obras sin fin. Su alegría es simplemente el éxito de su misión. Su mayor alegría es ver el establecimiento y crecimiento de la Iglesia en la zona donde trabaja. La conversión de las poblaciones a la fe de Jesús es la realización de los sueños de su vida. Administrar el bautismo compensa todos los sacrificios que se esperan de él⁶⁴.

Una vez que los neófitos adoptan la fe y se les ilusiona por el cuidado paternal que el misionero prodiga en ellos, no pueden esperar a que el misionero venga en su búsqueda. Con frecuencia tienen que recorrer grandes distancias, días de viaje, para llegar a los centros don-

⁶³ Cfr. GARNERI D., *Vittime dell'apostolato*, en GM 8 (1930) 4, 82-84; *Ricordando i nostri cari martiri della Cina*, en GM 8 (1930) 5, 101-103; CASSANO G., *Vedo sangue*, en GM 12 (1934) 4, 63-68; DE AMICIS A., *Il motto di due apostoli*, en GM 20 (1942) 2, 18-20.

⁶⁴ Cfr. *Principio d'anno*, en GM 9 (1931) 6, 104-106. Incluso en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial el misionero continúa presentando el aspecto espiritual del ministerio como su verdadera alegría. Olvida sus dolores personales y sacrificios cuando se ve rodeado de sus cristianos, cuando puede administrarles los sacramentos, asistirles con palabras de consuelo y reconocer su crecimiento espiritual. Cfr. LABRECQUE, *Viaggio nella savana*, en GM 40 (1962) 5, 21. La alegría del misionero es todavía mayor cuando la población local aprecia su ministerio, no por

de oyen que el misionero ha llegado para recibir los sacramentos y ser reconfortados por su verdadero padre espiritual. ¡Estas ocasiones unen a los misioneros y a los fieles en su espíritu de sacrificio! Colas infinitas de personas que aguardan para confesarse, largas esperas en las colas de comunión son las verdaderas fuentes de satisfacción y gozo espiritual para el misionero, sin contar con la fatiga añadida que de él se espera. En esta fatiga gozosa el pastor y las ovejas se unen en su búsqueda en común de lo que contribuye a la salvación de las almas⁶⁵.

Según lo que se explica en JM, la mayor alegría de una hermana misionera es preparar a la población local para los diferentes sacramentos, especialmente el bautismo. ¡Incluso si no se bautizan, trabajan celosamente para que cada pequeña aportación de su actividad se oriente a la salvación de almas! Pero el gozo de la hermana misionera es infinito cuando ellos mismos pueden bautizar a un niño moribundo, a una persona moribunda y de este modo asegurarles la salvación eterna⁶⁶.

los beneficios materiales adicionales que les proporciona, sino por los verdaderos beneficios espirituales. Cfr. BORGATELO M., *Fiorellino magellanico*, en GM 10 (1932) 4, 73. En el número de julio-agosto de 1948, Mons. Ferrando utiliza otra expresión para describir la íntima alegría del misionero. Tras describir las numerosas dificultades que los misioneros tenían que soportar en la misión de Assam, el obispo afirmó que los misioneros no carecían del sentido de alegría y realización. Y su alegría consiste en romper las cadenas que mantenían a la población local como esclavos del diablo y en haberlos regenerado en Cristo, por el bautismo. Cfr. FERRANDO S., *Dall'Assam, terra incomparabile*, en GM 26 (1948) 7-8, 9.

⁶⁵ Cfr. MICHELSENS, *Natale tra gli igorroti*, en GM 1 (1923) 12, 187. ["Missioni Cattoliche"].

⁶⁶ Palmira Parri refleja la alegría de la hermana misionera al asistir al bautismo de indígenas en su carta publicada en JM en marzo de 1924: "Oh, Madre, qué gran consuelo se experimenta en el bautismo de adultos. En esos momentos todo lo demás desaparece y se prueba la dicha de ver almas camino de Dios". PARRI, P., *Il primo Natale in Cina*, en GM 2 (1924) 3, 35. Y una carta de otra HMA que trabajaba entre los enfermos de la misión de Madrás, publicada en JM de mayo de 1930, refleja los mismos sentimientos: "¡Qué gran consuelo es para nosotros pensar que nuestro humilde trabajo nos hace instrumentos de salvación para muchas de las criaturas de Dios que de otra manera no tendrían la fortuna de la felicidad eterna! Oh, si el buen Dios nos envía un poco de sufrimiento, ¿no es quizá porque desea que le enviemos almas a través de nuestros sufrimientos? MERLO, T., *Gioie tra i malati di Polur*, en GM 8 (1930) 5, 112.

Un sucinto informe de Ravalico de junio de 1941 también habla de las alegrías humanas de los misioneros. El misionero encuentra verdadera satisfacción y gozo en conocer la población de la aldea, que le espera con ansiedad. Acepta con alegría las pequeñas señales de aprecio expresadas por la población. Se siente feliz de ver el ambiente de fiesta que rodea sus visitas a las diferentes comunidades cristianas. El amor y afecto sincero que las personas le ofrecen padre y amigo, alivia la fatiga de las largas distancias que tiene que recorrer⁶⁷.

En abril de 1953 JM publica el informe de Carlo Caretto sobre su visita a la misión de su hermano en Tailandia. El autor se quedó impresionado de la vida de sacrificio que llevaba su hermano, pero también de las pequeñas alegrías que llenaban el corazón del misionero. Caretto escribe:

“Sí, mucho sacrificio espera al misionero: su vida es dura. Pero su espíritu también experimenta muchas alegrías. Conocer nuevos pueblos, descubrir horizontes impensables, la vida salvaje del bosque y de los ríos, la dicha del apostolado, la oración en las pequeñas iglesias construidas con mucho esfuerzo y lucha continua y sobre todo el gran sentimiento de ser un agente de la ampliación del Reino de Cristo en tierras lejanas!”⁶⁸

Personas acostumbradas a un estilo bastante cómodo de vida, sentirían una simpatía natural por uno de los suyos que dejara esta comodidad y aceptara la dura vida del misionero. Ellas se sentirían tentadas a pensar que el misionero está en realidad triste por tener que hacer tanto sacrificio, por renunciar a tanto en la vida. Pero JM resalta repetidamente el hecho de que no es la ausencia de esta comodidad material lo que preocupa al misionero. Su verdadero tormento no es el hambre, la sed, el dolor, el clima poco saludable y los animales salvajes. Su pesar, de nuevo, viene de su motivación. En

⁶⁷ Cfr. RAVALICO L., *Le rose del missionario*, en GM 19 (1941) 6, 94.

⁶⁸ CARETTO C., *Viaggio nel Siam*, en GM 31 (1953) 4, 10. Carlo Caretto no era misionero. Tenía un hermano, Pietro, misionero salesiano en Tailandia. Pietro fue ordenado más tarde obispo de Rajaburi el 29 de junio de 1951. Carlo visitó a su hermano misionero e informó acerca de su vida misionera.

octubre de 1943, hablando del sufrimiento real del misionero, JM publica estas bellas palabras:

“El pesar del misionero es tener que decir que no a una alma que pide que se mantengan abiertas las puertas del cielo para él. Consiste en observar impotente con las manos atadas la fila interminable de almas que caminan hacia la muerte eterna. Es el sentido de impotencia ante los gritos angustiosos de los niños pequeños por un trozo de pan y tener que taparse los oídos forzosamente. ¡Ése es el más doloroso tormento: esa terrible impotencia en las tierras de misión!”⁶⁹

La misma impresión tiene Giovanni Pedrazzini, misionero en China, cuando habla sobre el mayor sufrimiento de los misioneros. Él afirma categóricamente que su mayor tormento está provocado no por la nostalgia de su país, ni la ausencia de su familia y seres queridos. Pedrazzini afirma que todo esto forma parte de un proceso misionero y él lo acepta incluso antes de partir a las misiones. Al contrario, el auténtico sufrimiento del misionero, según Pedrazzini, es no ser capaz de salvar a todos los que necesitan ser salvados, no disponer del personal ni los medios para expandir las actividades de la misión. Y escribe:

“El pesar, el gran pesar del misionero es la ausencia de trabajadores en la viña, es la falta de medios para el trabajo. ¡Es observar tantas pobres almas pidiendo el pan del Mundo y no tener a nadie que lo comparta con ellas! Es ver que son muchas las almas conquistadas por los embaajadores que no son de Cristo, contemplando el vasto campo, la abundancia de la cosecha y la escasez de misioneros. Es ver paganos construyendo bellos templos para dioses que no existen, protestantes abriendo hospitales y escuelas en casi todos los centros, y nosotros, los pobres misioneros católicos limitados a dar a nuestro buen Dios

⁶⁹ *Spunti missionari*, en GM 21 (1943) 10, 79. Es fácil pensar que los editores están siendo simplemente propagandistas. Tal vez ese motivo no puede descartarse. Pero la verdadera experiencia en las misiones también confirmaría la verdad de esta afirmación. Ante la miseria humana a la que los misioneros tenían que enfrentarse con asiduidad, es muy doloroso darse cuenta de los límites de los propios recursos en todos los aspectos y dejarse llevar por el pensamiento de que hay tanta gente que podría contribuir tanto para paliar la situación de esas personas si pudieran hacer sólo un poco. ¡Incluso ese poco queda por hacer! Y a los misioneros se les lleva a los límites de su capacidad de sufrir.

una pequeña cabaña por su morada, limitar nuestras obras sólo por escasez de personal y medios. [...] Es esto el mayor tormento del misionero⁷⁰.

El énfasis de JM en las alegrías espirituales y penas de los misioneros no significa su ceguera de la dimensión humana de la vida misionera. Incluso en una visión romántica de las misiones y los misioneros, JM no intenta ocultar la dura realidad de la vida misionera. Las conquistas espirituales y la consecuente alegría no reduce de ninguna manera la dureza de la realidad humana que él está llamado a vivir. En marzo de 1927, JM publicó una carta de María Troncatti a la Madre General de las HMA en la que nos da argumentos para comprender algunas realidades humanas de la vida misionera. Troncatti escribe:

¡Oh, sí! La palabra “misionero” surge del corazón como algo poético que entusiasma y atrae al alma en momentos de fervientes sueños de apostolado y sacrificio de sí mismo. Pero en la vida real, cómo haría sentir a alguien una imperiosa necesidad de exclamar: “¡Reza, reza para que nuestra fuerza no nos falle!” Son numerosas las luchas morales, las dificultades materiales contra las cuales suele rebelarse la naturaleza. ¡Cualquiera se sentiría muy tentado a caer en el desánimo cuando, después de semanas o incluso meses de trabajo y sacrificio entre esos pobres salvajes, nadie consigue hacerles entender nada, ni siquiera una minúscula idea sobre Dios y la vida eterna!⁷¹

La heroica decisión de dejar atrás a la familia y los amigos, el ardiente deseo de lanzarse a las misiones y el anhelo de conquistar

⁷⁰ PEDRAZZINI G., *Spunti missionari*, en GM 21 (1943) 11, 85. La misma idea se repite en el número de noviembre de 1961. No es el frío, el calor, la fatiga y ni siquiera la soledad lo que hace realmente sufrir al misionero, sino el rechazo de su mensaje de salvación, el éxito aparente de los poderes del mal en las diferentes regiones. Cfr. *Le sofferenze del missionario*, en GM 39 (1961) 11, 7.

⁷¹ TRONCATTI M., *Dalle selve di Macas*, en GM 4 (1927) 3, 46-47. La misma misionera da a entender la soledad y los temores humanos cuando escribe acerca de los misioneros en Ecuador en estos términos: “prisioneros en estos bosques densos y separados por grandes distancias de todos nuestros seres queridos, rodeados de salvajes que están en guerra constante entre ellos y poco favorables a nosotros. [...] Aquí, más que en ningún lugar, nuestra vida está expuesta a los conflictos y la crueldad de los salvajes”. TRONCATTI M., *Dalle foreste dell'Ecuador*, en GM 7 (1929) 12, 222.

el mundo entero para Cristo, no reduce al misionero a un hombre sin sentimientos humanos. Al alejarse de su familia y de su propio país, como cualquier persona que partiese en este tipo de viaje, siente el íntimo dolor de la separación, que para la mayoría de misioneros fue decisivo y permanente. Ravalico da a entender el dolor de los jóvenes misioneros en el momento de marchar de sus patrias cuando describe en julio de 1930 su propia partida a la India. Recordando ese momento de partida, dice:

“El ancla del barco se eleva y partimos a la conquista de tierras lejanas... A bordo uno se da cuenta del silencio agonizante: todos piensan en sus seres queridos, de quienes se han despedido para siempre, todo son lágrimas en los ojos que se vuelven hacia la pequeña tierra nativa que lentamente desaparece en el lejano horizonte⁷².”

En diciembre de 1936 vuelve a recordar JM la carrera misionera del cardenal Guillermo Massaia, apuntando con dolor los sentimientos humanos del gran misionero y cómo los superó. Como un joven capuchino, cuando sus superiores le pidieron que marchara a la misión de Etiopía, el artículo dice que incluso sentía temores y dudas. Y el autor continúa:

Es muy fácil pensar en los misioneros como criaturas excepcionales, superiores e ¡incluso extraños a los sentimientos humanos de dolor y alegría! ¡No! El misionero es un ser humano como cualquiera con su naturaleza sensible, con corazón humano capaz de amar, sufrir, gozar, temer, trabajar; con la tentación nunca ausente de la tristeza, desánimo, inconsistencia y desconfianza. Y su grandeza consiste precisamente en lo siguiente: el reconocimiento de que su vida es algo que debe ser conquistada⁷³.

Y el artículo continúa narrando la experiencia de Massaia durante los viajes a través del desierto, lo desalentado y solo que se sentía. Sólo su fe era lo que le permitía continuar. El informe afirma que a pesar de que era un gran explorador y sus numerosos artículos han contribuido a la ciencia, él mismo declaró que nunca se

⁷² RAVALICO L., *Giovani apostoli*, en GM 8 (1930) 7, 142.

⁷³ PAGANI V., *Un grande missionario ed esploratore dell'Etiopia*, en GM 15 (1936) 12, 192.

hubiera marchado de su querido Piamonte sólo por la necesidad de explorar o por el afán del conocimiento científico. Fue sólo su ardiente celo apostólico lo que le inspiró y sostuvo en sus actividades misioneras.

JM presenta a los lectores la imagen del misionero que también es sensible a los diferentes factores humanos que conforman una parte inseparable de su elección. Pese a que él también es un gran benefactor de la población a la que sirve, aunque esté dispuesto a sacrificar incluso su vida por el bien de su gente, en su experiencia humana, siente la soledad que un extranjero sentiría en una tierra extraña. De esta soledad escribe Ravalico en junio de 1943:

“Una de las pruebas más duras del misionero es la soledad, es decir, la distancia de los hermanos y amigos, una distancia que a veces se prolonga semanas y meses”⁷⁴.

El autor continúa diciendo que cuando a esta ausencia de compañeros y amigos se une ocasionalmente el rechazo e incluso el desprecio de su persona, su ministerio y su mensaje, la soledad toca profundamente a lo más íntimo de su persona⁷⁵.

Modelos misioneros de “salvadores de almas”

En sus diferentes presentaciones de misioneros modelos, un aspecto en el que JM siempre insiste es el del amor por las almas, un amor tan profundo que impregna todo lo que hacen, un amor que les lleva a sacrificar su vida entera por esta gran causa.

Con ocasión de la celebración de las bodas de plata de la vida misionera de Mons. Mederlet en Madrás, un compañero misionero,

⁷⁴ RAVALICO L., *La vera prova*, en GM 21 (1943) 6, 45.

⁷⁵ En mayo de 1955, JM publica un testimonio personal de un misionero salesiano en Filipinas. Habla de su profundo sentimiento de soledad que le rodea en esa tierra que no es suya, entre personas que le son extrañas. El misionero siente la ausencia de sus padres y seres queridos. Su memoria sólo sirve para profundizar en el dolor de su soledad. A pesar de su generoso compromiso, se encarga de las obras misioneras con un sentido de inutilidad; a la enfermedad en dichas circunstancias se le añade la ya pesada cruz que lleva consigo y demuestra que son momentos de verdaderas pruebas de fuego. Cfr. *Questa è la vita*, en GM 33 (1955) 5, 8-10.

V. Mangiarotti, escribe en términos elogiosos sobre los 25 años pasados en India. Se observa en todo el artículo el énfasis en la “gloria de Dios”, en “bautizar” y en “salvar almas” que refleja la íntima motivación no sólo del Mons. Mederlet, sino de otros misioneros. Mangiarotti resume los 25 años de esta manera:

¡Veinticinco años en India! No son pocos: y todos bien aprovechados, todos aprovechados por la gloria de Dios, construyendo escuelas e iglesias, redimiendo criaturas para bautizarlas, montando en bicicletas por los caminos más duros en busca de almas para salvar, enfermos a los que sanar, catecúmenos a los que instruir, querido como un padre siempre, apreciado como un gran personaje, pobre como un apóstol⁷⁶.

En marzo de 1940, al presentar un corto resumen de la vida misionera de Giovanni Pedrazzini, sacerdote misionero salesiano en China, JM vuelve a apuntar el gran amor de los misioneros por las almas, un amor que le hace aceptar todos los sacrificios. JM escribe de este misionero:

“Jovial, cariñoso, ferviente, se consagró a la vida misionera, dispuesto a afrontar cualquier sacrificio con tal de que pudiera ganar almas para Cristo. Era un misionero profundamente pío y dotado de una calidad natural para conquistar el corazón de cualquiera que se le acercara⁷⁷.

En abril de 1944, Zucchetti presenta la figura de Domenico Milanesio, misionero en Patagonia, como el único que fue de lugar en lugar a predicar el Evangelio, el buen pastor que fue en busca de la oveja perdida para reunir las todas en el rebaño de Cristo. Fue este amor por las almas lo que hizo posible que este misionero pionero se adaptase a las costumbres y modelos de vida de la población indígena además de considerarle un amigo verdadero, consejero y un padre real⁷⁸.

Zucchetti, de nuevo en marzo de 1946, describió la vida misionera de Mons. Enrico de Ferrari, misionero y Prefecto Apos-

⁷⁶ MANGIAROTTI V., *Il mio arcivescovo*, en GM 11 (1933) 3, 70.

⁷⁷ *La scomparsa di uno zelante missionario*, en GM 18 (1940) 3.

⁷⁸ Cfr. ZUCCHETTI D., *Gli itinerari di un missionario*, en GM 22 (1944) 4.

tólico del Alto Orinoco. Observa que el gran logro de este misionero consistía en el hecho de que vivía auténticamente el lema de Bosco: *Da mihi animas!* Y una vez más este amor por las almas le llevó a ser todo para su gente: ¡padre, abogado, doctor, profesor y protector!⁷⁹

Mons. Ignazio Canazei, obispo de Shiu Chow, sucesor de Mons. Versiglia, es una de las figuras misioneras presentadas por JM. Zucchetti resalta el heroico lema del misionero: “¡Los chinos a Dios, yo a los chinos!” De sus rasgos personales, el reportero hace hincapié en lo siguiente:

“Tenaz, persistente en el difícilísimo estudio del idioma chino, se convirtió en un personaje entre los salesianos en China. Con el corazón de un apóstol, sabía cómo ganarse a la población especialmente con la facilidad que adoptaba el uso y las costumbres de la tierra”⁸⁰.

En noviembre de 1946, JM presenta la figura de sor Inocencia Vallino, una de las primeras hermanas en llegar a las misiones de Assam. Murió el 22 de mayo de 1946. En el funeral se informó de que Mons. Esteban Ferrando dijo:

“Ella era una auténtica hermana misionera. Su amor por las almas la hizo superar todas las dificultades. [...] Su heroica pobreza, las persecuciones padecidas en la fundación de la misión en Jowai, sus giras a las aldeas donde ella manifestaba un ardiente celo, su gran corazón será difícil de olvidar”⁸¹.

En un escrito de Ciro Brugna sobre Luis Marchiori, misionero en Patagonia, el autor vuelve a subrayar la búsqueda incansable de almas para ser salvadas. Hablando de los frutos reales de las obras misioneras de Marchiori, el autor informa que había acreditado ¡el bautizo de 8.900 personas, la confirmación de 9.659, el matrimonio de 890 parejas y 425 fallecidos a los que había ungido y otorgado los últimos sacramentos!⁸²

⁷⁹ Cfr. ZUCCHETTI D., *Monsignor Enrico de Ferrari*, en GM 24 (1946) 3, 6-9.

⁸⁰ ZUCCHETTI D., *I cinesi a Dio, io ai cinesi*, en GM 24 (1946) 11, 139.

⁸¹ *Suor Inocenza Vallino*, en GM 24 (1946) 11, 144.

⁸² Cfr. BRUGNA CIRO, *Foglio di servizio missionario*, en GM 29 (1951) 8-9, 6-7.

En junio de 1959 JM presenta a otro ferviente misionero de las llanuras de Assam: León Piasieski. JM informa de que incluso entre sus hermanos se le conocía con razón como “el león de las llanuras de Assam” por su actividad desinteresada y sacrificada en favor de las almas en esta vasta misión. A su llegada a Assam en 1922 se le encomendó la evangelización de toda la llanura de Assam, una zona de unos 45.000 km cuadrados. Por su ejemplo, su espíritu de sacrificio y fervor infatigable, atrajo a miles de indígenas a la fe. Fue pionero en la evangelización de los boros, contribuyó al desarrollo de la misión entre los garos e inició la misión de Dibugarh. ¡Un verdadero apóstol, visitando las aldeas constantemente para llevar a todos la fe!⁸³

En febrero de 1961 JM presenta la figura misionera de Joseph Vaz, el gran misionero de Sri Lanka. Poniendo de relieve las dificultades reales que este misionero tuvo que afrontar, JM nos da una pista de lo que en realidad motivó a Vaz. Dice:

“La idea de llegar a la gran isla nació en él no por la atracción hacia lo desconocido o por la aventura, sino por un deseo generoso del apostolado. Por eso, no se rendía ante las dificultades que encontraba en una tierra prohibida a los misioneros católicos”⁸⁴.

Para JM, entonces, el misionero es conocido por sus cualidades mentales y de corazón que le hacen idóneo para la misión de salvar almas. Y esta misión es su principal preocupación, si no la única, como en el caso de muchos de los modelos misioneros ofrecidos por la revista.

Conclusión

¡Idealizar! Eso es lo que disparaba la imaginación de los jóvenes. Es lo que ayudaba a poner en marcha los poderes ocultos en los corazones de miles de chicos y chicas. Era un fuego abrasador. Y son almas exaltadas que han conseguido grandes logros. Los que se atreven a soñar lo imposible, suelen hacer posible lo imposible. ¡Pero se necesitaba un sueño!

⁸³ Cfr. *Il leone della pianura*, en GM 37 (1959) 6, 34-35.

⁸⁴ *Il contrabbandiere di Cristo*, en GM 39 (1961) 2, 30.

A los que no viven la realidad misionera y prefieren la cercanía y la comodidad de un hogar, les parecería que gran parte de la realidad de la vida del misionero pertenece a otro mundo. Pero las actitudes y mentalidades de los misioneros descritas en JM eran las de determinados hombres y mujeres: no simples aspiraciones rayanas en delirios de grandeza. Ellos vivían esas realidades. Y precisamente porque vivían realidades, ellos centraban su atención en otros, particularmente en los jóvenes.

No todo puede duplicarse. ¡La simple clonación de realidades del pasado en un contexto que de alguna manera ha partido del pasado sería irrelevante! Pero nadie puede permitirse deshacerse de poderosas motivaciones y esperar vivir la vida vibrantemente y con ganas, ¿verdad? ¡Qué más pueden hacer esas poderosas motivaciones capaces de mantener un compromiso de por vida cuando hay una presión constante y creciente de no buscar en el mundo de la fe? Tal vez lo que necesitamos para crear grandes hombres y mujeres es volver a la esencia de la fe cristiana: Jesucristo, la salvación a través de su muerte redentora en la Cruz, la voluntad divina para dar a conocer a todos los humanos los tesoros infinitos ocultos en Cristo.